



la colaboración de diversas personas y entidades ha sido entusiasta. El resultado merece ser destacado, por diversos conceptos: por el contenido mismo de la exposición y las reflexiones que suscita, y también por lo que tiene de ejemplar iniciativa cultural.

Con motivo de esta exposición se ha editado un catálogo, de cuidadísima presentación, con textos de diversos autores, en versiones catalana, castellana e inglesa, que estudia el tema de la Letra desde distintos ángulos. Hay que citar, aún dentro del marco de la Fiesta de la Letra, el recorrido por Barcelona trazado por el poeta Joan Brossa: una visión insólita, que ha llevado a más de un centenar de celebrantes de la Fiesta, en dos autocares, por el siguiente itinerario: Mercado de La Boquería, Gran Teatro del Liceo, tienda El Ingenio —dedicada a la industria artesanal de maniqués y artículos verbeneros—, escollera del puerto de Barcelona —donde fue representada la obra del de mimo *L'Aperitiu* de Albert Vidal and Cia.—, servicio municipal del Tibidabo donde se recogen los perros abandonados, cena en la cumbre de dicho monte y paseo por el tren aéreo, Palacio de la Música —antiguo Mercado del Borne—, donde se presentó un número de faquirismo y, finalmente, despedida en la estación de Francia. Cierre de la Fiesta de la Letra, en el cual la palabra desaparece para dejar paso a la acción. ■

**E**STOS, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora / campos de soledad, mustio collado, / fueron un tiempo Itálica famosa...

—También ahora, ¡oh Critilo! Famosa por sus ruinas.

—Fabio, si tú no lloras pon atenta / la vista en luengas calles destruidas; / mira mármoles y arcos destrozados; / mira estatuas soberbias, que, violenta, / Némesis derribó, yacer tendidas...

—Lo siento —dice

Fabio—, pero las ruinas no me ponen triste. Me parecen un buen pretexto para la poesía, pero no para una poesía lacrimógena, sino serenamente nostálgica, noblemente mitificadora. El tema del tiempo ido y la fugacidad de las cosas resulta más punzante si se emplean referencias a la medida del tiempo individual, si se habla del paso de los años o las estaciones más que

del transcurso de las edades o las eras y, por consiguiente, de ruinas como las de Itálica. Jorge Manrique nos conmueve más en aquellas estrofas que tanto entusiasmaban a Juan de Mairena, y en las que el poeta se pregunta por seres desaparecidos de su infancia ("¿Qué se hizo el Rey don Juan?", etc.), que en aquellas otras en que evoca a los godos o a los troyanos ("Que sus males no los vimos, ni sus glorias"). El tema de las ruinas clásicas me parece, por tanto, más acorde con el espíritu del Renacimiento que con el del romanticismo, aunque se dé el caso de que hayan sido precisamente poetas románticos como Hölderlin o Keats quienes más bellamente las han cantado. De los españoles, prefiero a todos esos elegíacos y retóricos versos de Rodrigo Caro la honda nostalgia, la serena evocación de un Luis Cernuda en *A las estatuas de los dioses*. Pero, bueno, Critilo, ¿por qué esta ocurrencia tuya de que nos demos hoy un paseo por Itálica?

—Quería que nos olvidáramos un poco de los *ayatollahs* romuleanos, los que se empeñan en descubrir en todo y a todo trance las raíces árabes o moriscas de nuestra cultura bética. Quería también hacerte una pregunta: ¿dónde te sientes más en tu casa, entre estas ruinas o en el Patio de los Naranjos?

—Me siento hijo de Romúlea, pero ciudadano del mundo, si es eso lo que quieres saber —dice Fabio—. No me interesa el cuento chino de las nacionalidades. Con todo mi respeto para el autogobierno de los pueblos y para las culturas y lenguas autóctonas, claro está.

—A mí lo que no me interesa es comulgar con ruedas de molino —dice Critilo—. Estoy convencido de que Andalucía es, histórica y étnicamente, una parte de Castilla. Tras la conquista o reconquista, expulsados casi totalmente los musulmanes del valle bético, la repoblación del siglo trece se hizo con gentes venidas del centro, del Norte y de más allá de nuestras fronteras, como observa el historiador romuleano Domínguez Ortiz. Nosotros somos los descendientes de aquellos conquistadores y colonizadores. Del

pasado musulmán quedaron algunas huellas, ciertas técnicas artesanas, muchas recetas de cocina y... poco más. En la nueva Andalucía bética, la población musulmana no pasó nunca, según Ladero Guesada, del uno por ciento de la población total, a enorme distancia de las grandes concentraciones de "moros" propias de los reinos de Aragón y Valencia. Siglos después, la repoblación del reino nazarí se realizó preferentemente, tanto a raíz de la toma de Granada como

tras la expulsión de los moriscos en tiempos de Felipe III, desde Andalucía occidental. De esta manera, como afirma el primero de los historiadores citados, la unidad étnica entre las dos Andalucías quedó completada. Y la lingüística también, añadiríamos nosotros. Esta unidad no nos viene, pues, fundamentalmente, de los árabes ni de los moriscos, sino que es el resultado de migraciones

más próximas. Por eso, frente a los que levantan la bandera de al-Andalus como enseña del nacionalismo andaluz, he querido que hagamos hoy el gesto simbólico de darnos un paseo por la Bética, por las calles de Itálica, y frente a los que creen que el habla andaluza es poco menos que un dialecto del árabe, sostengo que el andaluz es latín, un latín más evolucionado que el que se habla en Castilla, y te invito a seguir esta plática en latín.

—La seguiremos en el latín evolucionado de la Bética, si no te importa —dice Fabio—. ¿Qué piensas, Critilo, de los paisanos nuestros que se empeñan en pronunciar a la castellana?

—Que ellos se lo pierden —dice Critilo—. Las lenguas evolucionan, ya sabes. Yo, para tener que regresar al sistema fonológico del castellano actual o del castellano del Cid, preferiría volver al latín de Augusto. Pero también en esto Andalucía es Castilla, y el andaluz es, sobre todo, castellano, una evolución *in situ*, como ya señaló Américo Castro, de la lengua traída por los conquistadores en el siglo trece.

—Que era un latín poco evolucionado y algo rudo.

—Especialmente rudo —dice Critilo—. Con lo cual se demuestra por otro conducto lo que ya sabemos: que Andalucía, sin mengua de su originalidad, sigue siendo hoy una parte de Castilla y no una parte de Marruecos o de Arabia Saudita. Somos, nos guste o no, nos convenga o no, se diga o no en el estatuto, hijos de Castilla y, por ende, nietos de Roma. Esta es la razón por la que hemos venido hoy a pasear por la Bética y a platicar en latín. *Angulus ridet. Et campos ubi Itálica fuit...*

En los campos donde Itálica fue, sonreían el lugar y la hora. Era el atardecer de otras veces. La fuerza antigua y suave del sol fluía aún desde la colina idéntica. Como al albre de entonces, los olivos hacían flotar sus hojas. Fabio y Critilo iniciaron el regreso a la ciudad, y el eco de sus pasos resonó de nuevo entre las viejas piedras, junto a nobles frases de la lengua antigua. ■

## De paseo por la Bética

JOSE MARIA VAZ DE SOTO